

Esteban de Adoáin: hombre excepcional, misionero intrépido y sin par

Las manos ágiles del artista (Antonio Oteiza) han querido plasmar con trazos gruesos y fuertes, pero al mismo tiempo delicados, en una docena de relieves, los momentos y etapas más significativos de la vida, inaferrable por otra parte, de una persona excepcional, tanto por sus cualidades humanas cuanto por sus virtudes cristianas: el P. Esteban de Adoáin.

Esteban de Adoáin nació el 11 de octubre de 1808 en la pequeña aldea del pre-Pirineo navarro que le dio el nombre, en el seno de una familia de modestos propietarios de tierras y ganados, siendo su nombre de pila el de

Pedro Francisco. La fecha de su nacimiento representa una efemérides clave en la historia de España, pues de la mano de la guerra de la Independencia contra el francés invasor se difundieron los postulados de la revolución liberal, que culminarían en la Constitución de Cádiz de 1812. La infancia y adolescencia de Pedro Francisco transcurrieron entre la escuela y el pastoreo, no faltando en ellas el aprendizaje de la religión católica. Pedro Francisco, como buen montañés, era parco en palabras, pero sincero y leal, y seguramente soñaba con otra vida distinta a la de las layas y ovejas, más allá de las montañas que le impedían ver lejos en el horizonte.

Pero por retirada y minúscula que fuera su aldea, seguro que a ella llegaron los ecos de las libertades sancionadas por “la Pepa”, y todavía más los relatos de las gestas épicas de las guerrillas, en las que participó con denuedo tanto el clero regular como secular. Con algo más de conocimiento y uso de razón habría escuchado las noticias sobre la subida al poder de los liberales en 1820 y las partidas que contra el régimen constitucional fueron surgiendo por su tierra y otras regiones de España. Fue en los años de plena restauración absolutista, la “ominosa década”, que propició paralelamente la restauración religiosa, cuando Pedro Francisco, a edad un poco tardía (20 años), y contando con el consentimiento paterno, ingresó en la Orden capuchina, cambiando su nombre por el de Esteban de Adoáin. Después siguieron los estudios, llegando a la ordenación sacerdotal en 1832. Para entonces el de Adoáin se había significado entre sus compañeros por su arrojo y celo por la salvación de las almas:

todos conservaron un recuerdo indeleble del suceso del reo condenado a muerte, ocurrido en la prisión de Pamplona, que no quería recibir los sacramentos, al que convenció de su obstinación, a fuerza de disciplinarse delante de él.

Fue en 1834, en la madrugada del 5 de agosto, cuando el P. Esteban comenzó a sufrir en su carne las consecuencias de la oposición y lucha sin cuartel entre el liberalismo y su opuesto el catolicismo, así como toda una serie de expulsiones y controversias con los liberales. Ante lo que les podría sobrevenir, pues su carlismo era bien notorio, los religiosos de Pamplona, entre los que se encontraba el P. Esteban, decidieron huir en la noche, sin ser notados, llevándose todas las pertenencias que pudieron, entre las que descollaban las cabezas de los santos, que las tenían a tornillo. En 1836, con la supresión de las órdenes religiosas, decretada por Mendizábal, el P. Esteban, como otros

exclaustrados, sirvió en varias parroquias cercanas a su pueblo.

Pero el espíritu del P. Esteban no encontraba quietud, pues anhelaba con gran vehemencia vivir la vocación capuchina. Por este motivo se dirigió a Italia, donde en el convento de Senigallia (Las Marcas) aprendió el italiano y se dedicó a la predicación de misiones, desde entonces la niña de sus ojos. Desde allí viajó a Venezuela en 1842, con otros capuchinos, con la intención de misionar entre los indios más apartados. Pero, a causa de la política del gobierno liberal, que repetía miméticamente las medidas políticas de la metrópolis, fueron expulsados del país no sin antes haber contraído el paludismo. De Venezuela, en 1845, viajó a Francia (Ustaritz), regresando a Venezuela en 1847, donde los recelos del gobierno liberal, debidos a su popularidad, le empujaron a dirigirse a Cuba a principios de 1850. Allí se unió al arzobispo Antonio M^a Claret, recién llegado a la isla, convirtiéndose

en su más fiel colaborador en las campañas misionales que el prelado organizó por toda la diócesis, intentando regenerar una sociedad en la que abundaba el concubinato, la embriaguez y el abandono de los niños.

Cuando Claret regresó a España en 1856, el P. Esteban decidió trasladarse a Guatemala. Entre este país y El Salvador el misionero pasaría dieciséis años de fecundo y extenuante apostolado. Además fue superior de los capuchinos de la región, demostrando un gran espíritu de servicio con los enfermos y con todos los religiosos. Pero en 1872, una vez más, el gobierno liberal expulsó a todos los religiosos; a los capuchinos en concreto “por razones de alta política”. Aquéllos salieron del país, camino de Europa, en medio de la aclamación y consternación populares.

El P. Esteban se estableció en Bayona, en el convento que los capuchinos españoles habían erigido en 1856, con la intención de

restaurar la Orden en la península. A ello, junto a la predicación, se dedicaría desde entonces el de Adoáin, sin ahorrar fatiga alguna, a pesar de que sus fuerzas comenzaban a flaquear. Los escollos que tuvo que esquivar en el proceso de la restauración de la Orden, luchando denodadamente por su unión con Roma, fueron innumerables, pero su tesón hizo de él el gran protagonista de dicho proceso. Pocos años antes de morir, con la nueva coyuntura política de la restauración monárquica liderada por Cánovas, fue viendo como se reabrían los conventos, apertura precedida en varias ocasiones por misiones multitudinarias predicadas por él mismo. En 1877 fueron los conventos de Antequera y Sanlúcar de Barrameda, y en 1879 su querido convento de Pamplona, que él había visto cerrar sus puertas en aquella aciaga noche de 1834. El 7 de octubre de 1880, habiendo desempeñado varios cargos, expiraba en el convento de Sanlúcar de Barrameda, donde

se halla enterrado, con la sonrisa y la paz en los labios, dejando un recuerdo imborrable de santidad y entrega al apostolado misionero, sancionado por la autoridad de la Iglesia, en 1989, con el reconocimiento de la heroicidad de sus virtudes cristianas.

Cuando nos preparamos para celebrar el segundo centenario de su nacimiento, 1808-2008, la figura del P. Esteban sigue brillando con luz propia como uno de los grandes evangelizadores de la historia de las misiones católicas. Su entrega sincera y radical a la vocación recibida, su profunda contemplación, su tesón templado y laboriosidad hasta la extenuación, su amor a la Orden capuchina, su celo profético por la salvación de los hombres y su espíritu de caridad constituyen los valores perennes que sobresalieron eminentemente en su vida.

José Ángel Echeverría

1. ¡Basta ya! ¡Seré santo!	06 · 07
2. La conversión de un sentenciado a muerte	08 · 09
3. En 1834 hay que abandonar el convento de Pamplona	10 · 11
4. En los Llanos de Apure, Venezuela: observador de la naturaleza	12 · 13
5. Los presidiarios de Santiago de Cuba van a la catedral	14 · 15
6. Llamada a la misión con el “fotuto”	16 · 17
7. El Arzobispo Claret le regala su reloj	18 · 19
8. A una misión seguía la otra	20 · 21
9. En El Salvador: el volcán Izalco y el rayo	22 · 23
10. Expulsado de Guatemala	24 · 25
11. Restaurador de la Orden Capuchina	26 · 27
12. Los últimos días del Padre Esteban	28 · 29
Antono Oteiza, Capuchino	30 · 31

¡Basta ya! ¡Seré santo!

Tenía 19 años; había cursado los estudios elementales en su pueblo y un año de latín en una preceptoría cercana (Aspurz), y a la vez trabajaba los campos de la familia.

Se cuenta que manejando las layas se hizo una pequeña herida en el pie. -¡Se acabó!-, dijo, mientras arrojaba las layas a un ribazo. Algún día mi pueblo tendrá un santo. Parece que ya sentía mayor inclinación por el cultivo de la mente y el corazón que por la tierra.

Su familia la componía entonces el padre y tres hermanos. Había muerto la madre y una hermana menor. La noticia que les daba

de ser capuchino la recibieron con la aceptación religiosa de los que vivían lo cristiano con profundidad de fe.

En el relieve, dos edificios: a la izquierda, la casa paterna en Adoáin (Urraúl Alto), y a la derecha, la iglesia y convento de capuchinos de Pamplona. La línea del horizonte quiere recordar la sierra que cobija al pueblo de Adoáin.

En el centro, trabajando la tierra, y ahí mismo su firma resolución: ¡capuchino y santo!

Había nacido el 11 de octubre de 1808.



La conversión de un sentenciado a muerte

08 · 09

En septiembre de 1833, ya sacerdote, pero sin haber terminado sus estudios todavía, se hizo noticia muy popular en Pamplona la conversión de un reo sentenciado a muerte, y que se negaba al arrepentimiento por el crimen que había cometido.

El joven sacerdote fray Esteban de Adoain, en un último intento por esa conversión, desnuda su espalda del hábito y la

“disciplina” con una cadenilla que siempre llevaba consigo; el condenado a muerte contempla la escena y algo llegó a su conciencia: reconoce su pecado y se arrepiente.

Esa es la escena del relieve: unas rayas se entrecruzan recordando las rejas de la prisión, y a los lados lo popular de la noticia: las gentes en dos filas en vertical.



En 1834 hay que abandonar el convento de Pamplona

En el relieve, a la derecha, un grupo de frailes en huída hacia los Pirineos navarros. Era la noche del 5 de agosto de 1834.

Una comunidad de 52 religiosos, de los que 19 eran estudiantes. Entre las dificultades de aquellos años de traslados forzados de un lugar a otro, el Padre Esteban fue completando sus estudios a la vez que desarrollaba algún servicio pastoral.

Los liberales gobernaban en Pamplona y los capuchinos no estaban seguros. Días antes habían asesinado en Madrid a varios religiosos.

A la izquierda, el desgraciado año de 1836, el año de la desamortización de Mendizábal y de la prohibición de las Ordenes religiosas en España. Año fatídico para la religión y las artes...

El Padre Esteban decide pasarse a Italia para poder vivir como capuchino. Allí permanecerá dos años, en los que aprende el italiano e inicia su vida de predicador.

En el relieve hay agresividad y confusión.



En los Llanos de Apure, Venezuela: observador de la naturaleza

El Padre Esteban se había ofrecido a los Superiores para ser misionero entre las tribus indígenas.

En 1843 llegaba a la región de El Apure (Venezuela), entre los ríos Apure y Meta, habitado por los indígenas yaruros, otomacos, chiricoas... Lo que nos dice de ellos y de sus valores humanos es bien positivo.

El Padre Esteban se descubre aquí como un gran observador y narrador al hablarnos de

esta región y de sus habitantes. Describe y anota la pluralidad de aves, reptiles y peces; las chozas de los indígenas y sus modos de vida, su forma de vestir, las penalidades que causan las niguas, las plagas de los mosquitos etc.

El primer encuentro fue con los indios "achaguas", y señala en sus apuntes: "llegamos a tan suspirado lugar".



Los presidiarios de Santiago de Cuba van a la catedral

14 · 15

Muy convencido debía estar el Padre Esteban para poder convencer también a los guardianes de la cárcel para que los presos pudieran ir a la catedral a confesarse. El misionero ponía su mano, daba su palabra de que ninguno de ellos aprovecharía la ocasión para la huida.

Y así sucedió; fueron en perfecto orden, se confesaron y volvieron todos a la cárcel.

La extrañeza fue grande para los vecinos de Santiago; tantos malhechores y criminales

siguiendo mansamente al misionero. Era una visión nueva, no concebida por una mente medianamente sensata: aquellos presos sin escolta de guardianes, en libertad por sus calles, y camino de la iglesia.

El Padre Esteban tenía otras certezas, otros convencimientos que le llegaban desde una lucidez distinta.



Llamada a la misión con el “fotuto”

El “fotuto” lo utilizaba a manera de cuerno o trompeta para llamar a las gentes a la misión. Era un instrumento que usaban los indios caribes; un gran caracol marino cortado por su punta.

El Padre Esteban debía sentir una especial alegría en esta convocatoria que él hacía antes de comenzar sus sermones; sobre todo a primeras horas de la mañana, cuando las solitarias calles estaban iluminadas aún por la luna.

Alegría porque tenía que ser el comienzo de nuevas conversiones, y era la hora de la esperanza, la hora en que sentía la frescura de la cercanía de Cristo en esta nueva madrugada.

En el relieve, el poblado todavía solitario, el misionero y la luna.



El Arzobispo Claret le regala su reloj

En 1856 el Padre Esteban se despedía de Cuba después de cinco años de permanencia en la isla. Había sido durante todo ese tiempo el gran colaborador del santo arzobispo de Santiago de Cuba Antonio María Claret.

Se marchaba para Guatemala, con la idea en él constante de vivir y renovar la vida conventual con aquellos capuchinos que un día fueron exclaustros de sus conventos de España.

El Arzobispo le dijo que él también volvía a España y que allí le podría conseguir alguna dignidad, posiblemente un obispado. El Padre Esteban le contestó que él quería seguir siendo un sencillo capuchino.

Se despidieron como grandes amigos y, en prueba de ello, el Arzobispo le regaló su propio reloj, que es lo que quiere reflejar el relieve.



A una misión seguía la otra

20 · 21

En el relieve, dos grandes grupos de gentes: los que acompañaban y despedían al misionero, y aquel otro que salía a recibirle, posiblemente a mitad de camino entre las dos poblaciones. Esto sucedía con frecuencia cuando la distancia entre los dos poblados no era mucha.

El estandarte de la Divina Pastora estaba siempre en las manos del Padre Esteban; era su señal de identificación personal, sobre todo en estas marchas de despedidas y recibimientos.

Su principal medio de apostolado fueron las Misiones Populares, tan características de los capuchinos. La estampa física del Padre Esteban, su voz potente y a veces tierna, su mirada y sus recursos de elocuencia, jugaban a su favor. Más de 250 Misiones en el espacio de 38 años, además de las novenas, triduos, semanas santas, tandas de ejercicios espirituales...



En El Salvador: el volcán Izalco y el rayo

22 · 23

El Ayuntamiento de Izalco había pedido una Misión para el pueblo, y allá fue el Padre Esteban. Predicaba en la plaza, que era lo frecuente por no tener cabida las iglesias para aquellas multitudes que acudían a escucharle.

El volcán, próximo a la ciudad, interrumpía su predicación con estampidos de humo y lava. El misionero se detiene y le increpa: “calla y deja predicar la palabra divina”. Al instante cesó el estruendo, que no volvió a reanudarse hasta después de la predicación.

Lo del rayo sucedió en otro pueblo y la predicación era en la iglesia. Clamaba contra el pecado y hablaba del castigo divino. Junto a la iglesia, una pareja hacía mofa del sermón. La tarde era apacible, pero, de pronto, se oyó un fuerte trueno y un rayo vino a caer sobre la pareja aquella...

Hoy, quizás, parezcan simplicidades, cuentos, pero allí estaban los testigos, y también es historia.



Expulsado de Guatemala

24 · 25

La expulsión esta vez sucedió en Guatemala. Era en 1872; pero ya antes había pasado lo mismo en Venezuela y en El Salvador. El motivo siempre el mismo: los cambios de gobierno en esas naciones. Si ganaban los liberales, de tendencia anticlerical, llegaba la expulsión, y cuando se daba el cambio, cuando el gobierno era el de tradicionalismo católico, volvían los misioneros.

El Presidente de ocasión de Guatemala envió más de 500 soldados para ejecutar la orden, pues sabía que el pueblo estaba con los capuchinos.

El Padre Esteban escribió más tarde: “Cuando aquel inmenso gentío, que podría calcularse en unas 12.000 personas, vio salir a la comunidad entre bayonetas, alzó un llanto general”

Es lo que intenta representar el relieve: esa multitud contempla con dolor la salida de los frailes entre bayonetas.



Restaurador de la Orden Capuchina

El Padre Esteban, desde el día en que tuvo que abandonar la normalidad de su vida conventual, tenía grabada en su mente y corazón la decisión de restablecer el vivir fraterno y franciscano que había profesado.

A lo largo de su vida, juntamente con su pasión de misionero evangélico, se descubre esta inquietud incesante por restaurar la Orden capuchina en España, y habla y escribe con este fin a toda clase de autoridades civiles y religiosas.

Había otros religiosos que estaban en esta línea, pero fue él quien más destacó en esta empresa.

En el relieve, la lista de conventos restaurados en los que él intervino activamente.

Antequera (1877) fue el comienzo, al que siguió Sanlúcar de Barrameda. En ambos fue también superior local.

A la derecha, cierta glorificación.
¡Lo había conseguido!



Los últimos días del Padre Esteban

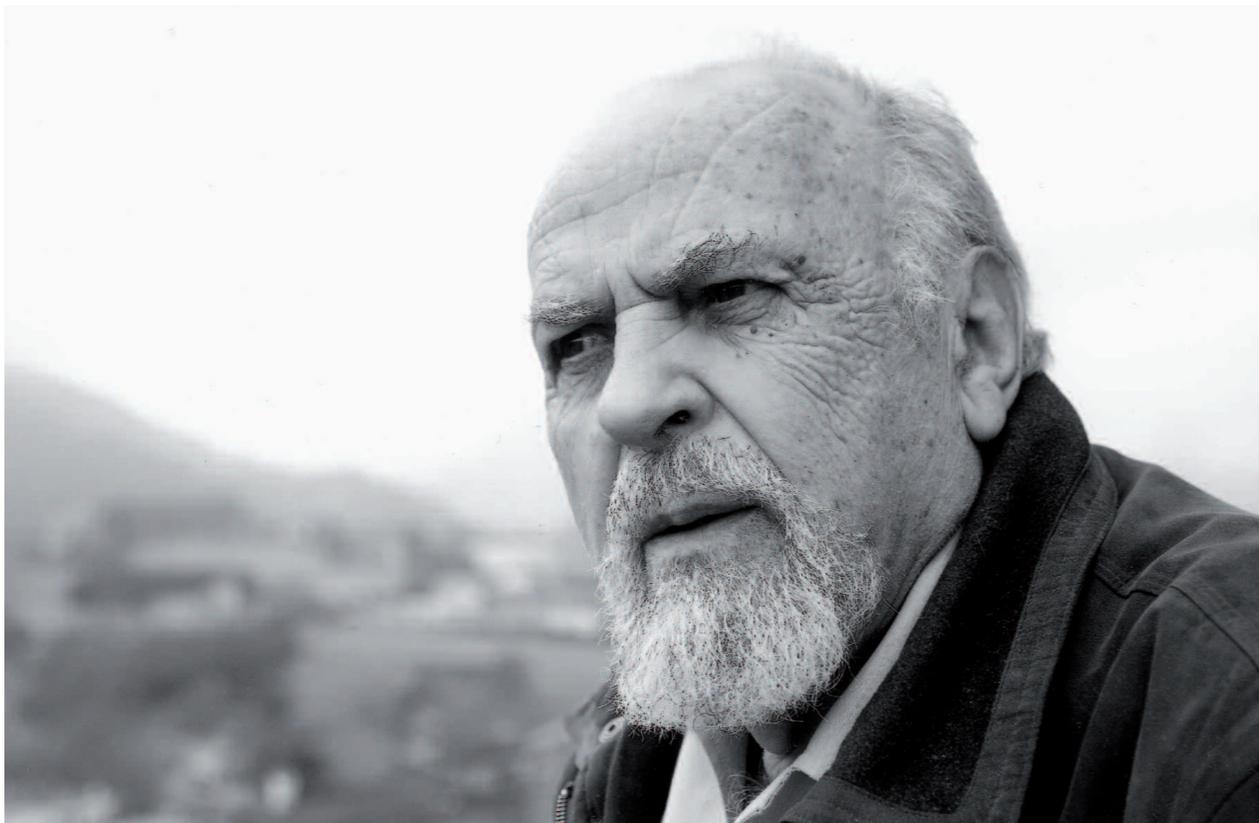
El día 7 de octubre de 1880 fallecía en Sanlúcar de Barrameda el Padre Esteban de Adoán.

En el mes de mayo había predicado su última novena en honor de la Divina Pastora en Sevilla. Dicen que su palabra en el púlpito ya no era la misma, pero sí los mismos de siempre los frutos de conversión entre su auditorio. Era lo que siempre había sucedido, desde sus comienzos como predicador hasta este su final.

En los últimos días vivó en una habitación cercana a la capilla del convento, y, contra todas las prudencias del médico, se levantaba y, apoyándose en la pared y en un bastón, acudía con frecuencia a la visita del sagrario.

Su rostro quedó sonriente, con la paz suprema de aquél que tanto caminó y ahora ya puede descansar.





Antono Oteiza, Capuchino

Nace en San Sebastián en 1926. Ha vivido 15 años de misionero por países de Sudamérica. Ha escrito algunos libros de narrativa de los ríos que ha recorrido: Orinoco, Amazonas, Negro, Madeira, Paraguay, Paraná. También ha escrito una historia sobre las islas Galápagos.

En escultura ha realizado exposiciones en España y América, y series monográficas en relieve de San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz, Padre Anchieta, Pedro

Betancur, Carlos de Foucauld, Lope de Aguirre y otros.

Actualmente su interés está en la promoción de un arte religioso actual.

En Azcoitia el Ayuntamiento le ha dedicado un Museo y Fundación.

Ha conocido algunos de los poblados de Cuba y Centroamérica en donde el Padre Esteban de Adoáin ejerció su apostolado.